



## Maquetas del Gigante de Tula (Valle de México) y de la Pirámide de Chichén-Itzá (Yucatán, México)

M. E. Cela Esteban



### *Maqueta del Gigante de Tula*

MAQUETISTA: Sebastián del Solar

ESCALA APROX.: 1:33

DIMENSIONES: 28 x 28 x 150 cm.

MATERIAL: madera de olmo

MUSEO TIFLOLÓGICO DE LA ONCE

En la sala que el Museo Tiflológico dedica a reproducciones de monumentos internacionales se exhiben, junto a algunas piezas fundamentales para el estudio del Arte Occidental –entre otras, el Partenón de Atenas, el Coliseo de Roma o la Torre Eiffel de París, ya comentadas en números anteriores de Integración,– algunos ejemplos de otras culturas, como las Precolombinas. El Gigante de Tula y la Pirámide de Chichén-Itzá, dos muestras que tradicionalmente se han considerado como pertenecientes a la cultura tolteca y que podemos fechar entre los siglos X al XII d.C., se pueden ver en la zona reservada al Arte Precolombino.

El Gigante de Tula no puede considerarse un monumento en el sentido estricto del término. Se trata más bien de un elemento arquitectónico de

sostén que adquirió un gran desarrollo decorativo y seguramente también emblemático. Nos encontramos ante un pilar tallado en forma de guerrero, es decir, un “atlante” cuya función era, junto a otros tres similares, la de sostener el techo del templo dedicado a Quetzalcoatl en la ciudad de Tula. Este modelo de pilar fue de uso frecuente en la cultura tolteca<sup>1</sup>, aunque es verdad que en Tula, con sus cerca de cinco metros de altura, alcanzó un desarrollo espectacular, lo que justifica la denominación de “gigantes” con la que se conocen los cuatro atlantes.

<sup>1</sup> En el Museo Antropológico de México puede verse uno de los atlantes que en el Templo de los Guerreros de Chichén-Itzá sostenía el altar de los sacrificios, figura de características formales muy similares, pero de altura inferior, 88 cm.

Los aztecas mitificaron el recuerdo de los toltecas, de quienes se consideraban sucesores. La cultura tolteca se desarrolló entre los siglos IX al XI d.C. en torno a la ciudad de Tula y en ella debieron fundirse elementos procedentes de la herencia de Teotihuacan con otras influencias locales. Las ruinas de la ciudad de Tula se encuentran al norte del Valle de México, en el Estado de Hidalgo, a poco más de sesenta kilómetros de la Ciudad de México. Levantada entre los siglos IX al X, a juzgar por los restos que han podido identificar los arqueólogos, esta ciudad en su período de esplendor llegó a alcanzar un gran desarrollo urbanístico. En su plaza central, junto a otras construcciones, se levantaba la pirámide sobre la que se había erigido el que los arqueólogos conocen como “Templo B”, dedicado a Quetzalcóatl como Lucero Matutino, cuya cubierta de madera sostenían los cuatro pilares en forma de atlante.

Los toltecas fueron un pueblo eminentemente guerrero, como demuestra la decoración de muchos de los edificios hallados en Tula. Adoraban a Quetzalcóatl, personaje fantástico cuya presencia es una constante en la cultura mesoamericana y cuyo nombre significa “serpiente emplumada”. Los Gigantes de Tula, además de su función como elemento arquitectónico, debieron asumir en el templo otras de carácter emblemático y representativo, según se desprende del estudio de su iconografía, en la que aparecen distintas referencias al dios Quetzalcóatl.

La pieza que se exhibe en el Museo Tiflológico es una reproducción en madera, tallada en un solo bloque, del original en basalto realizado a base de tambores, como es usual en la construcción de pilares. Su tamaño permite una exploración cómoda por parte del usuario, que puede localizar e identificar con facilidad los distintos elementos que la conforman.

La escultura –así podríamos calificarla, pues si olvidamos su función podría considerarse una escultura de bulto redondo– presenta un cierto hieratismo y falta de expresividad. Sus formas son simples y por tanto fáciles de reconocer. El usuario puede iniciar la exploración por el tocado de plumas, rectas, representadas de forma esquemática, para localizar inmediatamente debajo la cinta que las ciñe y se ata en la parte posterior de la cabeza. El rostro carece de expresión y las orejas se cubren con grandes orejeras; la nariz ancha y los pómulos salientes recuerdan vagamente las características de la fisonomía indígena. El pectoral en forma de mariposa –realizado también de forma esquemática– se ha interpretado como un símbolo alusivo a la divinidad, así como el medallón de la espalda con la imagen de Quetzalcóatl. Para localizar los brazos, muy pegados al cuerpo respetando la forma del pilar, el usuario deberá estar atento a las indicaciones del guía; podrá así identificar la maza y el haz de flechas que lleva en las manos el guerrero. El faldellín, las espinilleras y las sandalias en forma de serpiente completan la representación.



*Maqueta de la Pirámide de Chichén-Itzá*

MAQUETISTA: Sebastián del Solar

ESCALA APROX.: 1:92

DIMENSIONES: 96 x 92 x 56 cm.

MATERIAL: piedra caliza

MUSEO TIFLOLÓGICO DE LA ONCE

Dice la leyenda que Quetzalcóatl era un rey de Tula que, al tener que exilarse, fundó la ciudad de Chichén-Itzá al norte de la Península del Yucatán. Así se justificaría la emigración de los toltecas hacia el sur, expulsados de sus asentamientos por los chichimecas y otras tribus, y su influencia en algunas ciudades mayas durante el Posclásico, cuestiones éstas que hoy en día están siendo sometidas a debate por parte de arqueólogos e historiadores. Lo cierto es que en Chichén-Itzá se han encontrado restos que se corresponden con la etapa clásica de la cultura maya y otros

posteriores, que se relacionarían con una posible influencia de los pueblos del norte. En este último período podemos fechar la pirámide que comentamos.

El templo dedicado a Kukulcán –nombre con el que los mayas designaban a Quetzalcóatl– y que comúnmente se conoce como “el Castillo” se debió construir entre los siglos XI al XII y se levanta sobre una espectacular pirámide truncada formada por nueve cuerpos que se superponen de forma escalonada. El conjunto mide unos treinta

metros de altura por cincuenta de lado y domina toda la ciudad. En cambio, el templo en sí es una sencilla construcción cuadrangular que ha perdido los elementos decorativos que pudo tener en el pasado.

Para nosotros la reproducción del Museo Tiflológico tiene el interés de familiarizar al usuario con el modelo de templo empleado en Mesoamérica, puesto que tanto las construcciones de los mayas como las de los toltecas, aztecas y otros pueblos se caracterizaron por el empleo de bases de templo de forma piramidal y escalinatas para acceder al templo propiamente dicho. Entre unos y otros variaba la altura, la decoración y el número de cuerpos y escaleras, pero fue ésta una estructura que se repitió con ligeras variantes hasta la llegada de los españoles y que cuenta, incluso en América del Sur, con algunos ejemplos que la recuerdan vagamente.

La pieza está labrada en un bloque de piedra caliza blanca, lo que a la hora de hacer una exploración táctil constituye una referencia al material del monumento original, aunque éste sea de una tonalidad más grisácea. La estructura sencilla de la maqueta, casi geométrica, facilita y agiliza su estudio por parte del usuario. El maquetista no ha reproducido las huellas del paso del tiempo, que pueden verse en Chichén-Itzá pese al aceptable estado de conservación del monumento, ni las excavaciones que han descubierto que la pirámide se levantó sobre otra más pequeña y permiten la visita a su interior. Los dedos del usuario pueden recorrer sus nueve cuerpos y descubrir las molduras y placas rectangulares lisas que los decoran; son también muchos los que sienten la tentación de contar los escalones de las cuatro escalinatas –una por cada uno de los lados– para comprobar que, en efecto, hay noventa y uno en cada una de ellas.

Dos cabezas de serpientes flanquean la escalinata principal. Estas esculturas están protegidas por una valla en el monumento original, pero aquí como es lógico están al alcance del usuario, quién levantando las manos encontrará otras dos similares a ambos lados de la puerta del templo. Estas representaciones de serpientes han de interpretarse como una referencia a Kukulcán –la “serpiente emplumada”–, a quién, como dijimos, está dedicado el templo. Llegado a este punto, es obligada la referencia del guía a los extraordinarios conocimientos de los mayas en materia de astronomía, que les permitió orientar el edificio de forma tal que en unas fechas determinadas la arista del borde de la escalinata proyectara su sombra sobre los escalones hasta formar la imagen sinuosa del cuerpo de una serpiente, recordando a los sacerdotes de Kukulcán que con sus ropas adornadas con plumas subían en serpenteante procesión por ella hasta el templo.

Cartelas con los datos fundamentales de las dos piezas: nombre, cronología y escala se encuentran junto a ambas reproducciones. En estas cartelas, como en los folletos destinados a facilitar al usuario la exploración táctil, se han empleado los dos sistemas de escritura habituales en el museo, caracteres visuales en formato grande, que permite su lectura a usuarios con baja visión, y sistema braille. El visitante puede también solicitar al personal del museo la audio-guía, donde encontrará mayor información sobre estos monumentos y la cultura a la que pertenecen.

---

María Estrella Cela Esteban. Guía del Museo Tiflológico. Dirección de Cultura y Deporte. Organización Nacional de Ciegos Españoles (ONCE). C/ La Coruña, nº 18, 28020 Madrid (España).

Correo electrónico: museo@once.es